

BETO.- Quién sabe.

ALICIA.- ¿Y qué? ¿Esperas de él algunas revelaciones mágicas?

BETO.- Pasar del engaño a la verdad.

ALICIA.- *(Se ríe.)* Parece que estás idiota, hace un momento te mencioné eso mismo, ¿o no?

BETO.- Bueno, pero no me digas idiota.

ALICIA.- Conócete a ti mismo, y bla, bla, bla, el eterno axioma.

BETO.- Insisto, estás bebiendo demasiado.

ALICIA.- *(Seria.)* Es una forma de guardarte luto. *(Levanta su vaso.)* Por los largos días en que ya no vendrás.

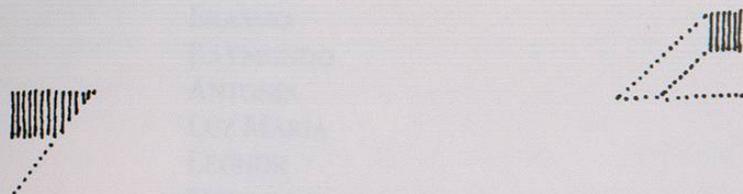
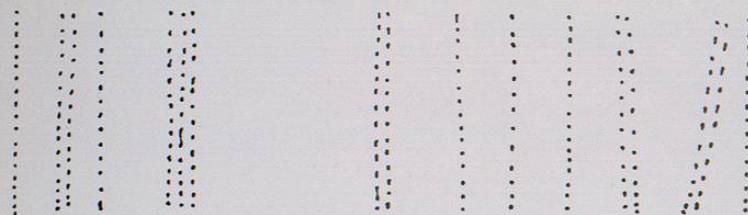
BETO.- *(Conteniendo la rabia.)* ¡Por los días que perdí contigo!

ALICIA.- *(Llorosa.)* Y que no volverán; nada puede volver.

BETO.- Por... la ruptura. *(Alicia no contesta. Gran silencio. Va a un sillón y se sienta, se inclina sobre sus rodillas y llora. Beto la mira y bebe.)* Adiós. *(Alicia no contesta. Beto va saliendo lentamente, voltea a ver a Alicia y, finalmente hace mutis. La luz descende, sólo se escucha la lluvia que cae. Alicia lentamente levanta la cara y se queda viendo fijamente al frente.)*

ALICIA.- *(Para sí.)* "Esta tarde llueve, llueve mucho/ y no tengo ganas de vivir corazón".

(Oscuro lento.)



¡Que te parta un rayo!
(2004)

Obra en un acto de
Reynol Pérez Vázquez

ESPACIO ESCENICO

Las acciones se desarrollan en espacios cerrados que tendrán en común una zona central en el fondo del escenario en la que habrá un cuadro de costura, una silla, una pizarra y una alfombra de colores. La distribución de cada espacio será diferente, manteniendo siempre un tono expresionista.

Personajes:

- ERASMO
- RAYMUNDO
- ANTONIA
- LUZ MARÍA
- LEONOR
- EUFEMIA
- CLELIA
- DESCONOCIDO
- PADRE

La acción transcurre en Agualeguas, Nuevo León, en mayo de 1972.

LEONOR.- ¡Si por lo menos fuera de lo común!

EUFEMIA.- (Sin prestar atención) Madre carísima ¡paga por él! Madre del Creador ¡paga por él!

LEONOR.- ...Podría asomarse a ver las estrellas.

EUFEMIA.- ¡Ruego por él con el corazón más sincero y naturalidad! Por Dios, Leonor, ¿de verdad no se le da por poner los ojos en la cara de ese hombre? ¡Mira cómo se mueven las gallinas! ¡Véngase pronto, porque yo voy a interrumpir de nuevo el espectáculo! ¡Mira cómo se mueve esa estrella de Venus!

LEONOR.- Mira, mamá, ¿de verdad no se le da por mirar a ese muchacho menor?

ESPACIO ESCÉNICO

Las acciones se desarrollarán en espacios cerrados que tendrán en común una puerta en la parte central en el fondo del escenario: un dormitorio, un cuarto de costura, una sala, una pieza vacía, la oficina de correos. La ambientación de cada espacio se dará con elementos mínimos y de toque expresionista.

Pieza vacía, la iluminación es ámbar, muy tenue, alumbrará apenas a Eufemia y Leonor que están sentadas en mecedoras de madera. Ambas custodian un cuerpo que se halla tendido en mitad del escenario, cubierto por una sábana roja. Las dos visten de negro, de edad indefinible. Hablan con tono cotidiano y repasan las cuentas de un rosario. De tiempo en tiempo se abrirá la puerta al fondo de la escena, destacando un relámpago que ilumina un pedazo de noche lluviosa.

LEONOR.- ¡Si por lo menos dejara de llover...!

EUFEMIA.- *(Sin prestarle atención.)* Madre castísima ¡ruega por él! Madre del Creador ¡ruega por él!

LEONOR.-...Podría asomarme a ver las estrellas...

EUFEMIA.- ¡Ruega por él! *(Se interrumpe con toda naturalidad.)* Por Dios, Leonor ¿de cuándo acá te dio por poner los ojos en la cara de la noche? Siempre te acuestas con las gallinas... Virgen prudentísima ¡ruega por él! *(Se interrumpe de nuevo.)* ¡Ni siquiera sabes por dónde sale la estrella de Venus!

LEONOR.- Mira, Eufemia, tú a lo tuyo que son las letanías. *(Suspira.)* ¡Qué triste se va a quedar el pueblo con un muchacho menos!

EUFEMIA.- Todos los años se van a montones. ¡Uno no es ninguno!

LEONOR.- No, Eufemia, él no era como los demás. ¡Qué ojos, qué espaldas...!

EUFEMIA.- Que nomás le sirvieron para andar pecando...

LEONOR.- Así me imagino yo al pecado: de ojos borrados y barba cerrada...

Un golpe de viento abre la puerta. Ambas mujeres se vuelven.

EUFEMIA.- *(Ocupa sus manos y sus ojos en el rosario.)*
¡Levántate a cerrar esa puerta!

LEONOR.- Levántate tú si tanto te molesta.

La puerta queda cerrada de nuevo.

EUFEMIA.- El alma no tiene la culpa de las maldades del cuerpo, Leonor.

LEONOR.- El cuerpo quiere vivir... *(Suspira.)*

EUFEMIA.- ¿Por qué no vas a la cocina por un tecito de salvia? Siempre se te llena la cabeza de esas cosas cuando velamos muchachos. En el velorio de don Mardomiano te la pasaste roncando ¡y tres veces se te cayó el rosario de las manos!

Leonor no presta demasiada atención a los reproches de Eufemia. Su mirada se ha clavado sobre la figura que yace cubierta por la sábana roja.

EUFEMIA.- El pobre hijo tuvo que venir desde Houston, me dio seis dólares por la rezada.

LEONOR.- *(Se vuelve a mirarla.)* Pues a mí me consolaste con dos.

EUFEMIA.- ¿Y qué esperabas? Así quisiera yo: ganármelos durmiendo.

LEONOR.- *(Se hace la desentendida y dirige de nueva cuenta sus ojos a la sábana roja.)* Decían que ibas a acabar mal... Muchacho mala cabeza ¿por qué no te fuiste antes para el otro lado?

EUFEMIA.- Cada quien llega hasta donde tiene marcada la raya.

LEONOR.- Él todavía no tenía ojos para verla.

Un golpe de viento abre nuevamente la puerta.

EUFEMIA.- ¡Levántate de una vez a cerrar esa puerta!

LEONOR.- Alguien puede venir.

EUFEMIA.- ¡Nadie vendrá, bien que lo sabes!

Leonor se incorpora y va hacia la puerta seguida por la mirada de Eufemia. La puerta azota contra la pared, fustigada por el ventarrón. Leonor queda dibujada en el marco, mirando hacia fuera, recortada contra la ilusión de la noche, efecto que produce una iluminación azul barrida. La luz de un relámpago penetra en la pieza vacía e ilumina por un instante la figura que yace en el piso y a Eufemia sobre la mecedora. Leonor no se mueve. Eufemia se incorpora con rapidez.

EUFEMIA.- ¡Cierra esa bendita puerta! ¿Quieres que te pase lo mismo que a él? ¡Leonor! ¿Me estás...? *(El ruido ensordecedor de un trueno apaga sus gritos. Leonor queda inmóvil dibujada contra el cuadro azul de la noche.)*

La escena queda a oscuras. Durante algunos instantes el ulular del viento llena el espacio. Al disminuir, en el escenario se esparce el ruido del motor de una camioneta. Es el cuarto de costura de la casa de Raymundo. La iluminación es de

color violeta. Se puede ver a éste sentado a la máquina de coser, junto a él un maniquí que luce un vestido a medio terminar. El ruido intermitente de un claxon hace que Raymundo se incorpore. Va hacia la puerta, al abrirla, en el marco se verá recortado a Erasmo, quien va vestido de vaquero y con un sombrero de pana negro, sostiene una botella de cerveza y ríe. El diálogo se dará en el hueco de la puerta. Los faros del vehículo no dejarán de destacarse, lo mismo que el ruido del motor de la camioneta.

ERASMO.- ¡Quihúbole, Rayo!

RAYMUNDO.- *(El tono de su voz intenta ocultar la sorpresa.)* ¡Erasmo! ¿Qué borrachera te trajo por acá? ¡Por poquito y te metes a la casa con todo y camioneta!

ERASMO.- *(Sonriente y algo achispado lo abraza.)* Pos nomás, tú sabes. Iba pasando por aquí.

RAYMUNDO.- *(Sin dejarlo pasar.)* Acabo de darle su pastilla a mi mamá y no quiero que se despierte con el ruido de la camioneta.

ERASMO.- *(Sin perder el buen humor.)* Uh, ahora resulta... Pos así de tullidita como está no va a levantarse de la cama para venir a regañarnos.

RAYMUNDO.- Esas sí que son chingaderas tuyas, Erasmo. ¡Con mi mamá no te metas!

Erasmo lanza una carcajada y reacciona abrazando fuertemente a Raymundo. Éste trata de zafarse y le tumba el sombrero; Erasmo sigue sin soltar la botella.

ERASMO.- Ora, ora, po's si nomás estaba bromeando. No te me pongas delicadito. *(Se agacha a recoger el sombrero.)*

RAYMUNDO.- Eso sí, no sueltas la pinche cerveza.

ERASMO.- *(Acomodándose el sombrero.)* ¡Po's si es el suero de la alegría, mi Rayo! ¿Cómo la voy a soltar? *(Levanta la botella y la ofrece a Raymundo.)* Órale, un traguito, para emparejarnos el aliento, que orita te ha de oler a pura tortilla de harina.

RAYMUNDO.- ¡Ya para de estar jodiendo! Sabes que no me gusta la cerveza.

ERASMO.- Po's si nomás un poquito ¿qué tanto es tantito? *(Se quita el sombrero y se lo coloca en la cabeza. Raymundo trata de evitarlo.)*

RAYMUNDO.- ¡Ora sí que estamos dándole espectáculo a todo el pueblo!

ERASMO.- ¡Me vale para pura madre lo que digan! *(Ajusta el sombrero en la cabeza de Raymundo y lo hace dar un trago a la cerveza.)* ¡Ahora sí, ahora sí pareces hombre, cabrón!

Raymundo le devuelve la botella y se limpia la boca con el dorso de la mano, después se acomoda el sombrero. Mira a Erasmo a los ojos, luego baja la vista. Pausa.

RAYMUNDO.- Erasmo... ¿me regalas tu sombrero?

ERASMO.- ¿Po's de cuándo acá te gustan a ti los sombreros?

RAYMUNDO.- No sé, éste me gusta.

ERASMO.- Órale, es tuyo.

RAYMUNDO.- *(Súbitamente emocionado.)* ¡Gracias, Erasmo, gracias! *(Lo abraza de improviso y de tal manera que Erasmo deja caer la botella al suelo.)*

ERASMO.- ¡Ah, ya la cagaste!

Se apagan los faros de la camioneta, luego la escena queda a oscuras. Se deja oír la letra y la música del Corrido de Arnulfo González, luego los gritos de borrachera de Erasmo; el fondo musical y la voz de éste van apagándose.

CLELIA.- (Voz en off.) ¡Que te parta un rayo, Erasmo! ¡Que te parta un rayo!

Entra luz blanca. Escena en la sala de la casa de Clelia, quien revisa tareas escolares apoyada en un pequeño escritorio. Es bella y frágil, permanece ensimismada en su trabajo. La puerta del fondo se halla entreabierta y por ella penetra Erasmo que viene cargado con bolsas de compra.

ERASMO.- ¡Llegó la alegría! ¡Llegó tu seguro servidor!

Clelia se incorpora y va a recibirlo y en lugar de ayudarlo con las bolsas, se le cuelga del cuello. Erasmo no suelta las bolsas.

ERASMO.- ¡No se vale! ¡Con las manos ocupadas no se vale!

Se inclina y deja las bolsas en el piso; con las manos ya libres, las pasa por la espalda de Clelia para al final posarlas en sus asentaderas.

ERASMO.- ¡Nalguitas calientes, nalguitas calientes!

CLELIA.- (Deshaciéndose del juego.) ¡Deja, zoncito, no toques lo que todavía no es tuyo! ¡Párale que mamá puede vernos!

ERASMO.- (Sin dejar su juego.) ¡Como si no supiera para quién van a ser!

CLELIA.- ¡Ya estuvo! Y yo te voy a morder esa boca cervecera. (Lo besuquea repetidas ocasiones hasta que él se retira fastidiado.)

ERASMO.- Está bien, ¡me doy, me doy!

Clelia lo lleva hasta donde se hallaba sentada. Ambos se acomodan y se olvidan de las bolsas de compra.

CLELIA.- ¿Me compraste el listón azul que te encargué?

ERASMO.- Azul no había. Te traje uno amarillo.

CLELIA.- ¡Sabes que odio ese color!

ERASMO.- Po's a mí me gusta... ¿No te cuadran mis gustos o qué?

CLELIA.- (Retractándose.) ¡No, no! No es eso. Lo necesitaba para la blusa que me va a coser Rayo.

ERASMO.- Yo le voy a pedir que te ponga del suyo.

CLELIA.- ¡No tienes por qué pedirselo! Total, yo luego el sábado que entra se lo encargo a la vecina. (Pausa.) ¡Perdóname que no te haya ofrecido nada antes! Debes de tener mucha sed y con el calor del viaje... ¿Qué quieres? ¿Una limonada o una coca?

ERASMO.- Una cerveza.

CLELIA.- Sabes que cerveza nunca compramos. (Erasmo se incorpora.)

ERASMO.- Yo voy a comprarla. No me tardo.

CLELIA.- (Se levanta para atajarlo.) Bueno, vamos los dos, yo te acompaño.

ERASMO.- Nomás hasta la puerta. No me voy a perder.

Clelia intenta detenerlo pero él ya va camino a la salida, luego lo sigue. Erasmo abre primero la puerta. Ella hace ademán de salir y asoma la cabeza para echar un vistazo a la calle. Erasmo libera la puerta y ambos quedan plantados en el marco. Baja luz blanca y una iluminación ámbar barrida se proyecta sobre las figuras.

CLELIA.- ¿Fuiste a Alemán en la camioneta de la solterona esa?

ERASMO.- Más respeto: la señorita Luz María.

CLELIA.- Pues si tanto la respetas, por qué tomas prestada su camioneta.

ERASMO.- No tenía dinero para la gasolina y además me encargó unas cosas.

CLELIA.- ¡Claro! ¡Y tú muy mandable!

ERASMO.- ¡Párale a tu cuento! A mí no me vas a decir lo que tengo que hacer ¡y menos ahorita!

CLELIA.- *(Sin oírlo.)* ¿Y nada más porque te dio trabajo en la oficina de correos? ¡Eres el cartero, no su mandadero!

ERASMO.- Po's ultimadamente ni me tomo la pinche cerveza. ¡Ya me la amargaste desde ahorita!

Clelia trata de detenerlo, pero Erasmo se deshace de sus brazos sin ser brusco. Desaparece del marco de la puerta, se oye el ruido del motor de una camioneta. Ella sigue clavada en el mismo sitio.

CLELIA.- ¿Por qué te vas? ¿Por qué no quieres oírme? ¡Vuelve!

Ruido de motor que arranca. Clelia se va desplomando hasta quedar sobre el quicio. Lloro muy quedo. La luz va bajando hasta que el espacio queda totalmente a oscuras.

VOZ EN OFF DE LUZ MARÍA.- ¡Que te parta un rayo!

Leve luz ámbar barrida en la habitación vacía. Apenas se advierte a Eufemia que dormita en su mecedora con el rosario entre las manos. Leonor está hincada a la cabecera del cuerpo inerte cubierto bajo la sábana roja.

LEONOR.- *(Con voz suave.)* Nadie viene. Nadie va a venir en esta noche. *(Gira la cabeza para observar a Eufemia, luego una de sus manos hurga bajo la sábana, la otra sostiene el rosario.)* ¿Adónde se fue el color de sus ojos? Dios sabrá quién cargó con él, si el miedo o la sorpresa. *(La mano continúa hurgando.)* Pero sus cabellos parece que están vivos... *(Suspira, la mano baja un poco más.)* La barba, ah, la barba... Ya no va a rozar las mejillas de nadie. *(Se detiene. Eufemia murmura entre sueños. Va sacando la mano con delicadeza, vuelve a suspirar.)* ¡Tiene razón Eufemia...! No se me da velar muchachos.

Leonor se incorpora con dificultad y se encamina hacia su mecedora; ya muy cerca de ésta, se detiene y se arrodilla a los pies del cuerpo cubierto de rojo.

LEONOR.- ¿Quieres que recemos el Yo pecador? *(Pausa. Alza la vista y observa por un instante a Eufemia que continúa dormitando.)* ¡Ah, pero si nunca te lo aprendiste, muchacho mala cabeza! Tus ojos anduvieron desde temprano buscando las piernas de las mujeres.

Se deja oír el estruendo de un trueno. Eufemia despierta sobresaltada. Leonor finge un rezo muy concentrada.

EUFEMIA.- ¡Ave María Purísima! ¡Qué noche! El diablo anda desatado lanzando centellas por los caminos. ¡Pobre del cristiano que no esté bajo techo!

LEONOR.- Para eso tiene su mes de mayo ¡que San Pascual Bailón nos ampare!

EUFEMIA.- ¡Déjate de estar hincada que mañana no vas a poder ir en la procesión! ¡Se agarra mucha humedad en el piso!

Leonor se levanta despacio y luego vuelve a su mecedora. Masculla un Padre Nuestro.

EUFEMIA.- Hace rato te oí rezar el Credo, ¡nunca te lo aprendiste!

LEONOR.- ¡Pues estarías soñando!

EUFEMIA.- Ya van tres veces que te digo que vayas a la cocina por un té de salvia.

LEONOR.- Ya debe de estar más helado que los pies de este pobre muchacho.

EUFEMIA.- ¡Pues lo calientas y ya!

Leonor se levanta de mala gana, pero no suelta el rosario. Se emboza con un reboza sobre el cual ha estado sentada. Mira primero el cuerpo tendido en el suelo, después a Eufemia, para luego pasar la vista por la pieza casi a oscuras.

LEONOR.- A veces me da miedo esta casa, Eufemia.

EUFEMIA.- A mí me da más frío que miedo.

LEONOR.- *(Inmóvil, mirando hacia la zona del público.)* El techo está lleno de ojos de muertos, Eufemia.

EUFEMIA.- Prefiero ojos de muerto que las mil bocas del hambre. Si no rentáramos la casa para los velorios y los rezos ¿de qué íbamos a vivir? Anda, vete de una vez a la cocina.

Un golpe de viento abre de par en par la puerta y una luz violeta se precipita por un instante, alumbrando la habitación sin más muebles que las mecedoras. Se cierra de nuevo con un ruido sordo.

EUFEMIA.- *(Se incorpora como resorte.)* ¡Leonor, por los clavos de Cristo! ¿No te había dicho que cerraras esa bendita puerta?

La luz ámbar desaparece y las mujeres permanecen inmóviles. En la oscuridad se oyen carcajadas de hombres, una música de acordeón va apagando las voces, la puerta del fondo se abre y deja pasar el color de la noche y a Antonia que carga un envoltorio. Sube luz en el cuarto de costura de Raymundo, quien está colocando alfileres sobre una blusa roja en el maniquí. Antonia cierra la puerta y se le acerca sonriente.

ANTONIA.- ¿Quién va a deslumbrar con esa blusa rojo pasión?

RAYMUNDO.- *(Reacciona sorprendido y va hasta ella, no ha hecho caso de la pregunta, le ofrece una silla cercana.)* ¡Toñita! ¡Usted siempre con la sorpresa por delante!

ANTONIA.- *(Le da la mano y después toma asiento)* Mira Rayo, conmigo nomás hay de dos sopas: o me reciben con la risa por delante o con la jeta caída.

RAYMUNDO.- Aquí siempre es bien recibida, Toñita; lástima que ya no se mande hacer vestidos tan seguido. Pero como quiera que sea, conmigo tiene rebaja.

ANTONIA.- Pues ya no te vas a quejar, mira. *(Deshace el envoltorio y le muestra una tela de color azul.)* Quiero que me hagas el vestido más bonito que todavía pueda ponerse una gorda como yo.

RAYMUNDO.- ¡No diga eso, Toñita! Hay de gordas a gordas. Usted nomás está rellena. Bájele a la cena con tortillas de harina y verá que se va a poner muy bien...

ANTONIA.- Mira, hijito, no nomás son las tortillas: una se va dejando por las penas. *(Suspira.)* A veces pienso que una pena grande es como cien tortillas de harina, y de las de azúcar, que se me van amontonando. *(Se incorpora y se coloca la tela, tratando de medírsela.)* Tú qué crees, Rayo, ¿saldrá de esto algo más que un costal?

RAYMUNDO.- ¡Nada de costal! Un buen vestido voy a hacerle, para que lo presuma en misa de domingo. *(Va a tomar la tela y se detiene un momento.)* ¡Pero si no le he ofrecido nada! ¿Qué le gustaría tomar, Toñita?

ANTONIA.- Una coca chiquita, Rayo. Y si está bien helada, mejor.

Raymundo sale de escena por el extremo derecho espectador. Antonia se levanta, curioseando paseando la vista por la pieza, da unos pasos midiéndose de nuevo la tela. Sorpresivamente la dobla y se encamina al maniquí, acaricia la tela con una de sus manos libres. Raymundo reaparece con un vaso y la botella de coca-cola.

RAYMUNDO.- Se ve que le gustó la blusa, Toñita.

ANTONIA.- Y tú te sigues guardando el secreto de quién te la encargó.

Raymundo baja la vista y le ofrece vaso y refresco.

ANTONIA.- *(Deja encima de la mesita el pedazo de tela, luego toma el vaso y la coca-cola.)* Ay Rayo. A mí nunca me gustó ser preguntona pero en este pueblo...

RAYMUNDO.- Sí, Toñita, pero no era por eso... Es que la blusa... *(Pausa. Mira a Antonia que da un trago del envase sin servirse en el vaso.)* La blusa es para Clelia.

ANTONIA.- ¡Claro, a mí no hay gusto que me dure!

RAYMUNDO.- *(Cambiano el tema.)* ¿Quiere que le enseñe los catálogos? ¿O me deja que yo le diseñe su vestido?

Antonia se ha sentado, coloca el vaso y la botella a un costado de la silla.

ANTONIA.- Mira, Rayo, sé que tienes penas suficientes como para que yo te cargue otras. *(Pausa.)* Sé que eres amigo de Clelia...

RAYMUNDO.- Es una buena cliente, Toñita. Eso es todo.

ANTONIA.- ...Pero sé que eres más amigo de mi hijo Erasmo; es más, el único que tiene. Los otros nomás son amigos en el trago.

Raymundo toma una cinta que descansaba encima de la máquina de coser y va donde Antonia; se apresta a tomarle medidas.

RAYMUNDO.- A ver, ayúdeme un poquito. *(Antonia se levanta y se deja tomar medidas.)*

ANTONIA.- Tú eres su amigo, Rayo, ¿y verdad que quieres lo mejor para mi Erasmo?

RAYMUNDO.- Lo mejor... *(La cinta se le desprende de las manos. Se inclina a recogerla. Al levantarse, su mirada se topa con la de Antonia.)* Lo mejor, Toñita. *(Reanuda su labor pero ahora vacila un poco.)* ¿Por qué no le tiene aprecio a Clelia, Toñita?

ANTONIA.- Siempre me han caído del hígado las ofrecidas. Cuando yo era joven, me fijaba en la espalda y en la cintura de los hombres. Ésta se fija en la cara y en la bragueta. Y encima cree que le hizo un favor a mi hijo fijándose en él. Se le hace poca cosa que sea cartero, como ella es maestra.

RAYMUNDO.- Ella lo quiere.

ANTONIA.- Sí, ya sabes para qué... Como todos los muchachos de su edad se van a Monterrey o agarran para Houston... Se tenía que pescar uno que tuviera muy cerca de sus faldas.